

LA FAMILIA, GÉNERO Y CULTURA

LINA CORREA MONTERROSA

**CORPORACIÓN EDUCATIVA MAYOR DEL DESARROLLO SIMÓN BOLÍVAR
INSTITUTO DE POSGRADO Y EDUCACIÓN CONTINUA
FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL
MÓDULO DE FAMILIA
BARRANQUILLA
1999**

LA FAMILIA, GÉNERO Y CULTURA

LINA CORREA MONTERROSA

Ensayo presentado como requisito para optar al
título de Trabajador Social

CORPORACIÓN EDUCATIVA MAYOR DEL DESARROLLO SIMÓN BOLÍVAR
INSTITUTO DE POSGRADO Y EDUCACIÓN CONTINUA
FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL
MÓDULO DE FAMILIA
BARRANQUILLA
1999

INTRODUCCIÓN

A través de este ensayo se hace un análisis del género, donde se nota como la cultura y la historia ha jugado un papel importante en el desarrollo de este término y como los diversos cambios que se han dado, provocan alteraciones en los roles tradicionales asignados a cada uno de los miembros de la familia.

Para el trabajador social, es indispensable, el conocimiento del género y sus procesos ya que éste es considerado como fuente esencial de todo comportamiento, o comunicación y uno de los principales elementos de retroalimentación, entre la cultura y los miembros; para contribuir a la construcción y desarrollo de posibilidades para

importante que las inquietudes, preguntas y respuestas sobre él no se agotan, pues son parte de la vida misma; tan dinámicas y cambiantes como su fluir cotidiano.

La ejecución de este trabajo tiene por objeto obtener conocimientos que permitan la intervención del trabajo social en su actuar y conocer hasta qué grado la complejidad del género y la cultura puede incidir al individuo en su entorno.

En el ensayo se desarrollaron los siguientes puntos.

Concepción de género y cultura,
distinciones de género y cultura,
relaciones de género,
la actividad y el género,
papel del Trabajador Social.

LA FAMILIA, GÉNERO Y CULTURA

Los estudios demuestran que a través del tiempo, los hombres y mujeres han circulado en esferas diferentes. Dependía el uno del otro para sobrevivir. Alimentos, sexos, hijos, amparo y seguridad eran cosas que los motivaban a trabajar juntos, porque satisfacer estas necesidades básicas requería habilidades y roles específicos.

El hombre asumía el papel de proveedor y protector, mientras que la mujer se especializaba en la crianza y el hogar.

Sin embargo, hoy por hoy, la vida ha cambiado, ya no somos dependientes por completo el uno del otro para lograr seguridad y supervivencia, las

reglas y estrategias de nuestros antepasados ya resultan obsoletas.

El rol de los miembros de la familia de acuerdo con su sexo, en especial el femenino, ha avanzado con gran impulso.

Los análisis de estos roles familiares han tenido importancia como un renacer en la contestación de la sociedad patriarcalista.

Sobre esto, Florence Thomas opina que "El viejo equilibrio patriarcal se está agrietando; las relaciones entre lo masculino y lo femenino ya no son lo que eran; la modificación de conjunto, las relaciones en familia es una mutación sin precedentes, tal vez lo más importante de todos los cambios que afectan a nuestra civilización.

En los albores del Tercer Milenio, las piezas del rompecabezas familiar ya no encajan y se ha vuelto indispensable reordenar los personajes del escenario”.*

Los cambios sociales y económicos de los últimos cuarenta años, han afectado enormemente los papeles tradicionales del hombre y la mujer. El hecho de ser varón o mujer biológicamente, depende de factores genéticos, pero serlo social y psicológicamente, depende en gran medida de factores ambientales, experienciales y de aprendizaje, así el género resulta ser la construcción que cada cultura y sociedad hacen para especificar los contenidos que le correspondan a lo femenino y a lo masculino.

La presencia de factores socioculturales que impiden o desvalorizan la participación femenina

* FLORENCE, Thomas. En búsqueda de un nuevo padre. Maestría en Desarrollo Familiar. 1993.

en la sociedad y que hacen referencia al conjunto de creencias, normas y hábitos conformados históricamente, construyen el trasfondo y los referentes que reproducen la situación de discriminación y de violencia como mecanismo de dominación, eficaz en la vida familiar y social. Pero a pesar de todo el hecho de que las mujeres salieran, ha disminuido, el valor tradicional del hombre hacia la mujer.

La mujer contemporánea es, cada vez, más independiente y autosuficiente, ya no siente la necesidad de que el hombre le brinde sustento y protección.

Se está empezando a comprender ciertos cambios, en donde los hombres ya no son valorados y

apreciados como proveedores de sustento y protección. Al mismo tiempo, las mujeres no sólo son madres que crían a sus hijos y amas de casa, sino que ahora también proporcionan sustento y protección.

Los tiempos han cambiado, y no hay más remedio que cambiar con ellos. Los hombres también tienen que aprender muchas cosas nuevas, deben aprender nuevos métodos si quieren sentirse necesitados y apreciados.

Por otro lado, las mujeres deben lograr una nueva conciencia si han de seguir trabajando codo a codo con los hombres.

Como se puede ver, los cambios provocan alteraciones en los roles tradicionales asignados, a la mujer, pero no se pueden separar, de las funciones femeninas de los papeles que la

cultura dominante le asigna a los varones. Ambos roles (masculinos y femeninos), están recíprocamente referidos y la modificación de uno de ellos implica la alteración del otro, por lo que los cambios acaecidos en la vida de las mujeres se constituyen en cambios sociales, que afectan a todos. Se produce una redefinición de los roles sexuales y se ponen en revisión las categorías mismas, lo masculino y lo femenino.

Sin embargo, el cambio es asincrónico, las mujeres participan con mayor fuerza en la vida pública; los hombres aún no ingresan con la misma decisión al mundo doméstico.

La cultura todavía no posibilita a los varones alternativas conductuales y valóricas para que constituyan su identidad y la legitimen sin poder, o con poder compartido con las mujeres lo que los coloca en una situación de deteriorar

frente a los cambios. Por ejemplo, los hombres están programados para dar todo de sí en el trabajo, luego regresar a casa y recibir. En gran medida, las mujeres están hechas para dar y recibir al mismo tiempo. Les encanta dar, pero necesitan ser alimentadas simultáneamente; cuando dan sin recibir, tienden a dar más y terminan sintiéndose abrumadas, vacías y resentidas.

En particular cuando una mujer que trabaja no puede darse el lujo de tener ayuda externa para los quehaceres domésticos, es posible que empiece a sentirse que no está haciendo lo suficiente; de un modo instintivo siente que tiene que hacer más y sin embargo, la realidad es que no puede hacerlo todo. Es como si estuviera atrapada por una programación social anticuada que espera que ella haga todos los quehaceres domésticos.

En algunos casos, de la misma manera en que una mujer se siente responsable de todo el trabajo de su casa, un hombre está estrictamente programado para sentir también que esa es la responsabilidad de la mujer.

Si para el hombre, hallar la energía para ayudarla es posible que comprender este patrón traiga más comprensión entre ambos sexos.

Por lo anterior, se podría decir que es indispensable para alcanzar el desarrollo y la equidad de género, incorporar lo cultural como variable interviniente de la construcción simbólica, de la realidad y en la producción y reproducción de la vida social. De igual manera, involucrar aspectos de la cotidianidad y de la familia como partes fundamentales de la realidad social global, ayudando así a acortar brechas entre desarrollo económico y desarrollo social.

Se podría decir que el género, es la construcción, que cada cultura y familia hacen para especificar que le corresponde los masculino y a lo femenino.

La construcción de la identidad de género es un proceso que comienza desde la temprana infancia de los individuos, en el cual se captan los primeros mensajes sobre masculinidad y feminidad.

Este proceso produce fundamentalmente en la familia, espacios de aprendizaje y defensor de valores, actitudes y comportamientos en torno a cómo ser, sentir y pensar.

Las diferencias de género se aprenden a través de un proceso de socialización que es peculiar una sociedad, en particular da un periodo histórico y varía con el tiempo y el espacio.

El trabajador social al intervenir en las relaciones de género y cultura a nivel familiar, actúa educando al individuo y la familia, utilizando técnicas específicas que permitan explorar sentimientos, experiencias, reforzar comportamientos., etc., ampliando así el mundo interno del individuo y la familia.

Teniendo en cuenta posibilidades para la convivencia de los géneros, ya que los espacios femeninos y masculino son un *continium* de amor y odio, de pasión e indiferencia, de tristeza y alegría, de fortalezas y debilidades, o de aceptación y rechazo. Por ello es necesario ponerse en contacto con lo femenino y masculino que hay en cada ser, valorando lo ideal y lo diferente, acercándose a historias y experiencias particulares en contextos pasados, presentes y futuros, para que el espacio cotidiano de amor y

género en la convivencia sea favorable y positivo.

El trabajador social debe tener en cuenta, para su actuar, que una de las características principales de todo individuo es la capacidad de imitación. La mayor parte del comportamiento y de gustos es copiado de los demás, por eso somos tan educables y se va aprendiendo sin cesar los logros de otras personas en tiempos pasados.

En todo lo que se llama cultura, hay un poco de invención y mucho de imitación. Lo anterior le permite al trabajador social, como orientador a nivel preventivo-educativo, el compromiso de promover al individuo, estimulando, fomentando y asesorando toda búsqueda de bienestar que parta del análisis crítico de los mismos participantes, para que se conviertan en autogestores de su desarrollo integral, con base en el conocimiento

y asunción de su realidad, pero trascendiéndolo hacia la transformación.

Otro punto importante es que el hombre y la mujer establecen en sus relaciones, vínculos de dependencia, intimidad y libertad, que marcan sus relaciones tanto en el espacio privado como público y el interjuego de esta dinámica, los coloca en condiciones de igualdad, inferioridad o superioridad, respondiendo a lo aprendido, a la cultura dada, a lo esperado por la sociedad, o en el contexto en el que participan.

Lo expuesto es base para que el trabajador social trabaje con el individuo, teniendo en cuenta la empatía porque si no admitiésemos que existe algo fundamentalmente igual entre nosotros, es decir, la posibilidad de ser para otro lo que otro es para mí, no podríamos cruzar palabra, y eso aunque el uno sea hombre y el otro mujer.

CONCLUSIÓN

En relación con los hombres, es a ellos a quienes les corresponde el cambio para desbaratar su dificultad para desenvolverse en la casa, sin temor a lo privado, a lo amoroso, a lo tierno, a lo sensible, a que participen en los pequeños ámbitos de la vida privada; que aprendan a gozar de esto sin tomarlo como un sacrificio; que sean padres del deseo, que se entreguen y disfruten por completo de sus hijos sin que nada sea obligación. Tenemos que reordenar los viejos campos de poder; dialogar, concertar y, sobre todo, encontrarnos a nosotros mismos.

Al tener noción de las diferencias entre el hombre y la mujer, nos liberamos de la tendencia a tratar de cambiar nuestros patrones culturales.

Mediante la comprensión de nuestro desarrollo histórico y evolutivo, podemos tomar lo que es útil de nuestro pasado y ponerlo al día en forma tal que no rechacen nuestra conformación genética; tratar de pasar por alto las diferencias, sólo crea más confusión y frustración entre los sexos.

De acuerdo a la percepción anterior, es indispensable trabajar el concepto de equidad de género, ampliarlo y especificarlo para incorporarlo en los modelos de desarrollo.

Un medio fundamental para alcanzar el desarrollo con equidad es la educación, pero ésta no es suficiente, sino se introducen en los programas educativos los elementos culturales necesarios. Estrategias de soporte donde se sensibilice a la sociedad en general sobre los problemas de las mujeres y hombres a causa de las relaciones de

subordinación y ganar su voluntad para construir relaciones de equidad y solidaridad; donde se capacite, se realicen campañas difusivas y se elaboren estudios y diagnósticos, sobre las relaciones de género y la situación de la mujer que sirve de base para el diseño de políticas y estrategias de intervención por parte de las entidades y organizaciones.

Sin olvidar que para la mujer, igualdad significa obtener derechos que le han sido negados como resultado de la discriminación histórica sustentada culturalmente, de la que ha sido objeto en todos los niveles, pero también significa que se le amplíen sus oportunidades, para que pueda desarrollar plenamente sus posibilidades, y de esta forma, el concepto de equidad tendría validez.

BIBLIOGRAFÍA

Compromiso de Colombia con sus mujeres.
Dirección Nacional de Equidad para las mujeres.
Presidencia de la República, UNICEF, 1996.

DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACIÓN. Consejería
para la política social. Proyecto pro-equidad.

GARCÍA, Yomaira. Aportes del marco conceptual de
género a la terapia familiar. 1994.

JELIN, E. y Feijóo M. trabajo y familia en el
ciclo de vida femenino: El caso de los sectores
populares de Buenos Aires, estudios CEDES, Vol.
3. No. 8-9. Buenos Aires.

Violencia en la familia para los avances para la
mujer. Nueva York, 1989.
